

Coloane: la aventura en nuestras letras

El jurado del Premio Nacional de Literatura, que justiprecia rigurosamente cada año los méritos de nuestros escritores para otorgar el preciado galardón, ha honrado en la presente ocasión a Francisco Coloane.

Con él ingresa al club de nuestros **inmortales** el narrador que convirtió la aventura en material de creación literaria, incorporando la inclemente naturaleza austral al acervo de las letras chilenas. Nuestros escritores, en su mayoría urbanos, ciudadanos —no obstante la escuela criollista—, encontraron en él al personaje que faltaba para que nuestra literatura abarcara toda la disímil estatura geográfica de Chile con sus muchos ambientes y paisajes.

Coloane, hombre de las islas, chilote, arrancó su inspiración de una existencia azarosa y henchida de experiencias, o, mejor todavía, de imperiosas vivencias. Sus escenarios son la tierra cruel, que casi es hielo, donde la patria se asoma a los umbrales antárticos; sus personajes, los hombres y los animales que pueblan difícilmente esas inmensas soledades para las que se requiere corazón bravío y fuerte puño. En sus cuentos y novelas está ese niño que cuidaba ovejas en la Tierra del Fuego, o el marinero de aguas frías, o el aprendiz de cazador

de lobos. Es decir, el mismo Francisco Coloane de la infancia y la adolescencia trasmutado en los héroes de la saga austral por la habilidad de su pluma diestra en la pintura de estampas aguafuertistas.



No es así raro que los animales —lobos, focas, perros, caballos— sean no pocas veces los protagonistas más elocuentes de algunos de sus mejores relatos, que bien podrían merecerle el calificativo de Jack London chileno. Hay en él la

misma capacidad de observación de los ambientes naturales, el mismo amor a la aventura, igual afán por los hechos simples que en el insuperable norteamericano.

Existe un cuasi axioma que Coloane ha derrotado limpiamente: vivir o escribir. El ha demostrado que se puede perfectamente hacer ambas cosas, esto es, que ambos no son valores excluyentes, sino que, a la inversa, para hacer determinado tipo de literatura, la vida, mientras más activa y material, es requisito insoslayable.

Y desde *El Último Grumete de la Baquedano* (1941), su primer libro, pasando por *Cabo de Hornos*, *Golfo de Peñas*, *La Tierra del Fuego se Apaga* y *Los Conquistadores de la Antártida*, hasta el último, *Tierra del Fuego* (1956), su obra, junto con ser un itinerario geográfico de la aventura, es prueba categórica de la importancia de la experiencia vivida en la ficción creativa.

De las estancias de Tierra del Fuego al Premio Nacional hay un largo camino. Un camino que él ha recorrido íntegramente. Y al recorrerlo, ha conquistado para nuestras letras, esto es, para el país, varias provincias de aventura y de fantasía.

MARIO GARFIAS